

MÉXICO Y BRASIL: DOS ECONOMÍAS COLONIALES COMPARADAS

Frédéric MAURO
Université de Toulouse

PARA QUE EL TRABAJO HISTÓRICO sea fructuoso, es preciso que a las monografías minuciosas se unan, basándose en ellas, estudios más generales. Así, poco a poco, con la ayuda de generalizaciones sucesivas podremos destacar mejor la esencia y la causa de ciertos fenómenos económicos, sociales y geográficos del pasado.¹ Así, paso a paso, podremos definir mejor las civilizaciones y los sistemas. Pero aún sin ir tan lejos, podemos experimentar el método partiendo de dos casos y hacer y rehacer lo que la tradición llama la historia comparada.

Esta monografía es obra de un modesto historiador de la economía colonial brasileña que trata de señalar lo que la economía mexicana colonial le ofrece de nuevo en la concepción que se forma de las economías coloniales preindustriales.² En primer término, desorientado por el paso de un país a otro, percibe un cierto número de semejanzas, tanto en las condiciones como en las coyunturas y las estructuras de esta economía, a reserva de señalar las diferencias sobresalientes.

Antes que nada, semejanzas en las condiciones geográficas. Brasil y México son dos países intertropicales de los cuales uno, por su configuración, es casi la figura homotética del otro y que representan uno al norte, el otro al sur del ecuador más o menos el mismo papel en el mapa físico. Tienen una costa oriental húmeda, algo árida al norte, y el clima de ambos es tanto más seco y árido cuanto más se avanza hacia el norte y al oeste. Países de mesetas ambos, están cercados por llanuras costeras a menudo separadas entre sí por cadenas montañosas que en la meseta misma sirven también de muro.

Estas mesetas son ricas en recursos minerales, particularmente en metales preciosos o semipreciosos. Los recursos humanos mismos no carecen de cierta semejanza. Las poblaciones pacíficas de los Tupis-Guaraní esparcidas en la costa y en las regiones cercanas y húmedas son tan diferentes a los pueblos belicosos del *sertão* árido como las poblaciones sedentarias de Anáhuac lo son de las chichimecas y de las zacatecanas de las regiones áridas y de los "confines halógenos".³

Las circunstancias históricas del descubrimiento y de la ocupación de Brasil y de México no carecen de similitud. La época es la misma. La geografía portuguesa predisponía a la de Brasil tanto como la castellana a la de México. Por un lado una ancha faja de territorios a lo largo del mar, que viven en parte de él, que a menudo lo utilizan para comunicarse entre sí, prolongada también por las islas cálidas como las Azores o tropicales como Madera: todo ello preparaba la conquista de este "archipiélago brasileño" —la frase no es demasiado fuerte— donde las islas más grandes reciben el nombre de Pernambuco, Bahía, Río. Por el otro, las mesetas de la Vieja y la Nueva Castilla cercadas por llanuras costeras y que anuncian las tierras templadas o frías mexicanas rodeadas por sus tierras calientes y costeras. Y los climas, en efecto, tampoco dejan, en cada caso, de ser semejantes. El clima benigno y húmedo de las costas lusitanas anuncia ya la suavidad húmeda de Recife y de Bahía. El alto grado higrométrico del aire portugués, que da a los colores esta infinidad de matices de que carece España, anuncia la magia de los colores desplegados por los ocasos del noreste brasileño. El riguroso clima de la Estrêla, de la montaña de Madera o de las Azores prepara al portugués para los rigores de la meseta paulista o minera, para las frías noches del *sertão*. Del mismo modo, el clima continental de Valladolid o de Madrid endurece al futuro habitante de Zacatecas, de San Luis Potosí o más aún de Durango o de Álamos. Mientras que el paludismo mediterráneo, el intenso calor andaluz o la humedad de las huertas valencianas prefigura para él los rigores malsanos de Veracruz o de San Juan de Ulúa.⁴

Los mismos vientos alisios llevaron a los pilotos portuque-

ses y a los conquistadores españoles hacia sus tierras prometidas. Y unos y otros aprovecharon la etapa de tránsito de las islas. Islas portuguesas las del Atlántico oriental, Azores, Madera, Cabo Verde; también las islas del Atlántico occidental; no tanto Fernão de Noronha, que sólo tuvo una importancia secundaria, como las capitanías de la costa misma, sin duda las insulares de Itamaraca y de S. Vicente, pero también todas las otras, Recife, Salvador, Porto Seguro, etc., separadas unas de otras, unidas unas y otras por el mar solamente y donde las comunicaciones más fáciles son las que proporciona el mar mismo, o la laguna, o los ríos que ahí desembocan. Estas "islas" costeras fueron el punto de partida para la ocupación del "continente" brasileño. Islas tropicales cálidas y húmedas, tierras calientes, bases para la ocupación de las mesetas de las tierras templadas. Un mediterráneo atlántico occidental que substituye al oriental. Del mismo modo, los españoles encontraron también un nuevo mediterráneo en el mar de las Antillas y el golfo de México, con islas ricas y cálidas como Recife o Salvador, donde se cultiva el azúcar y que penetra también, según la expresión de Pierre Chaunu, en el continente, en Venezuela por ejemplo.⁵

Los colonizadores ibéricos fueron tanto al norte como al sur del ecuador, llevados por los mismos propósitos: descubrir Eldorado para una Europa sin medios de crédito, necesidad de nuevas tierras para los hijos menores de las familias, necesidad de rutas comerciales, sed de aventura y curiosidad científica, vocación de apostolado misionero, nada faltó ni de un lado ni del otro. Se podría comparar la conquista espiritual de México por las órdenes mendicantes, con la de Brasil por los jesuitas.⁶ Los métodos de descubrimiento también se parecen mucho, esta obra audaz de exploración que portugueses y españoles emprendieron desde el principio hacia su "Far West", digamos mejor hacia su noroeste. Por un lado las entradas, las jornadas de Bahía o Pernambuco, las *bandeiras* de Sao Paulo, por el otro estas conquistas cada vez más septentrionales hasta llegar a la bahía de San Francisco.⁷ Las condiciones son, sin duda, bastantes diferentes: por un lado indios salvajes siempre amenazadores, por el otro, al contrario,

un país despoblado o poblado solamente por indios asustadizos a los que se captura, si es necesario, para hacerlos esclavos. Aquí, la necesidad de un sistema de protección militar con guarniciones, patrullas, fuerzas de escolta. Allí más bien aventureros, mal armados y que son más de temer que de proteger. Sin embargo, el resultado ha sido poco más o menos el mismo: el descubrimiento de vastas regiones útiles para la ganadería y las explotaciones mineras.⁸

Igualmente, se podrían comparar las normas jurídicas y administrativas, las servidumbres reglamentarias de ambas colonizaciones tanto más próximas cuanto que en un momento —1580-1640— las dos madres patrias unen sus coronas en la misma cabeza. En ambos lugares un virrey reemplaza al poder, aquí los donatarios, allí los conquistadores. En los dos lados, pues, al cabo de algunos años un poder regular salido de la decisión real sucede al de los aventureros, capitalistas o soldados a punto de convertirse en señores feudales. En ambos lugares el territorio está dividido en capitanías en manos de una administración regular provista de órganos judiciales y financieros. Su poder no se ejerce realmente sino en una porción restringida del territorio, escapando a su acción el resto inmenso. Aquí y allá se aplica el sistema de pacto colonial con moderación. Moderación voluntaria como la que en Brasil permite el refinamiento del azúcar o la que, en México, fomenta la industria de la seda. Moderación forzosa, el enorme contrabando ya de los ibéricos mismos que tratan de escapar a las sujeciones fiscales o a los controles de seguridad, ya de los extranjeros que se infiltran cada vez más en el comercio ibérico.⁹

Otra semejanza profunda entre Brasil y México: ambas colonizaciones, ambas economías, se emprendieron dentro de los mismos ritmos coyunturales. Pasemos rápidamente a lo que Ernest Labrousse llama la tendencia mayor y que es aquí positiva como lo es en Europa occidental en la misma época. Consideremos los movimientos seculares. Son positivos en Brasil como en México en los siglos xvi y xviii. En el siglo xvi por la expansión del primer descubrimiento, después por el azúcar allá, por la plata aquí. En el siglo xviii por el metal

precioso en ambos casos, pero también por todo el desarrollo agrícola que rodea su explotación. ¿Y en el siglo xvii? Retroceso tardío pero retroceso al fin y el cabo en México, con el agotamiento momentáneo de las minas y la formación del latifundio, de la economía de autoconsumo. En Brasil si no retroceso por lo menos estabilización, tardía pero clara, con la salida de los holandeses y la competencia hecha al azúcar brasileño por el de las Antillas inglesas y francesas. A mayor escala, los movimientos llamados de larga duración no carecen de cierto paralelismo. En el siglo xvi, "ansioso de vivir", es bastante difícil distinguir este tipo de movimientos. También debemos notar el titubeo de la economía hacia mediados del siglo xvi, perceptible en Brasil con la creación de los Gobernadores Generales, más precario en México, que se sitúa hacia 1530, con la afluencia hacia Perú, durando así la sangría humana hasta 1550. En el siglo xvii la depresión se hace sentir desde 1600 en Brasil y solamente hacia 1610 y sobre todo en 1620 en México. Aquí desplazamiento que hace que el período de depresión mexicano 1620-1650 sea contemporáneo del empuje portugués 1620-1640. Después la depresión se hace común en los dos países. Los estudios sobre el siglo xviii no permiten todavía hacer una comparación semejante. En conjunto coyuntura española de larga duración más sencilla, más ligada directamente al tráfico del metal precioso y a su curva regularmente decreciente cuando la suerte de la economía luso-brasileña está más directamente ligada a la guerra.

En cuanto a los movimientos cíclicos, existen en ambas economías, sin que se pueda acharcárseles una duración muy regular y sobre todo semejante. Los movimientos de las estaciones, ligados en parte al sistema de la flota, son más claros en México que en Brasil, el cual carece de flotas regulares sin que pueda decirse que sean inexistentes.¹⁰

Así pues, sin poder decir que ambas coyunturas se parecen mucho, no dejan de tener analogías. Queda por ver si bajo su ritmo, las estructuras de las dos economías se asemejan.

Desde el punto de vista de las estructuras económicas, primero el desarrollo es común a ambos países, la cría del caballo y del ganado mayor, secundariamente ovinos. Es cierto,

y Charles Julian Bishko lo ha señalado, que ambas crías de ganado tienen orígenes ibéricos comunes.¹¹ Sin duda España y Portugal daban más importancia a la cría del carnero que a la de los bovinos cuando en la América portuguesa o española se desarrollaron mucho más éstos que aquél. Después de todo es en la Península donde nacieron las corridas de toros. Solamente hasta la Edad Media hubo una cría de bovinos autónoma. En toda Europa no es sino una actividad auxiliar de la granja o del cortijo. Y el “creciente húmedo ibérico” donde se le encuentra cubre tanto la Beira portuguesa como la Galicia, la Cantabria o la Cataluña españolas. De allá, con la “reconquista”, la cría de ganado se extiende hasta el Alemtejo así como hasta Extremadura. El Alemtejo fue la cuna del sistema de explotación del ganado mayor que debía extenderse después a los Algarves, a las islas del Atlántico y al *sertão* brasileño. Y las órdenes militares portuguesas, como las castellanas, representaron un papel semejante en esta expansión. Fue en la Península donde nació lo que más tarde sería un fenómeno típico de la América Ibérica, el ganado de lidia que explica por sí mismo la fiesta brava. Y las mesetas municipales que se encuentran en México existían tanto en el Alemtejo como en Castilla. Muchas instituciones ligadas a la ganadería y que se creían de origen puramente americano —como el rodeo— quizá existían ya en la Península en la Edad Media, o existían seguramente, como el “fierro”. El ciclo completo de las estaciones de la cría de ganado se llevó de un lado al otro del Atlántico, escribe Bishko “with the rounding—up and branding of calves in the spring, *herradero* and the cutting out of beef for slaughter in the autumn. . .”¹²

Se sabe el papel que representó el caballo en la conquista de México. Si en Brasil los caballos son más raros que en el imperio español, representan también su papel en la zona azucarera como lo demuestran las páginas que les consagró Gilberto Freyre.¹³ Son utilizados sobre todo en las mesetas. Pero todavía más que ellos, la mula es por excelencia la bestia de carga ideal en esos países sin caminos reales como son entonces México y Brasil.¹⁴ Para los transportes en grandes cantidades se reclutan ejércitos enteros de bestias de carga. Las

mulas cargan hasta 90 kilos en terreno plano, pero solamente 45 ó 50 en regiones montañosas. Tanto en Brasil como en México hay caminos que requieren enormes cantidades de animales: el que va de Acapulco a Veracruz por México y que asegura el transporte de todos los productos del Atlántico al Pacífico, productos de las costas americanas, pero también de las Filipinas. Dice Humboldt que el comercio de Veracruz movilizaba 70 000 mulas y el de Acapulco 75 000. En Brasil eran necesarios todos los pastos del sur del país para alimentar los animales de carga que transitaban por los caminos por los cuales se transportaban los metales preciosos de Ouro-Preto a los puertos de la costa. Las mismas técnicas de transporte para bestias de carga se encuentran al norte y al sur del ecuador. Para dirigir las, las recuas de mulas requieren numerosos conductores que los españoles llaman arrieros y los portugueses *camarades*.

En cuanto a los bovinos, François Chevalier ha mostrado la importancia en México de la estancia de ganado de 1 780 hectáreas, cuyo beneficiario podía prohibir a cualquier poseedor de rebaños establecer el centro de una nueva explotación a menos de una legua a la redonda, pero no podía impedir a los labriegos que cultivaran la tierra en el interior de estos límites —él mismo no puede establecerse a menos de media legua de las tierras trabajadas anteriormente. Este beneficiario —el ganadero— no habita en la estancia y se hace representar por el estanciero, administrador o aparcerero, frecuentemente un mestizo, a quien ayudan los vaqueros, armados de la “media luna” una hoz enclavada al extremo de una vara y que sirve para atajar a las bestias.¹⁵

En América portuguesa el nacimiento de una *fazenda* tiene lugar generalmente junto a un río, del cual se ocupan tres leguas, a lo largo del río, por media legua. Entre cada *fazenda* se deja una legua de espacio para evitar las discusiones sobre los linderos y las incursiones del ganado vecino. El personal no se compone nunca de más de diez o doce hombres, en su mayoría mestizos, algunas veces mulatos o *cafusos* que casi no gustan del trabajo sedentario. Éstos son el *vaqueiro* —hay dos, algunas veces tres, en las muy grandes *fazendas*—

y sus ayudantes los *fabricas* —dos o cuatro por cada *vaqueiro*— algunas veces esclavos, generalmente asalariados pagados mensual o anualmente. Cultivan el lecho del río para completar su alimento. El ganado aumenta rápidamente porque el *vaqueiro* recibe la cuarta parte de los becerros que nacen. Pero el pago se le hace cada cinco años. El vaquero recibe también de una sola vez un gran número de animales, lo que a menudo le permite ir a establecerse en otra parte por su propia cuenta. Las buenas *fazendas* dan mil becerros al año, algunas dos mil.¹⁶

Estas dos ganaderías que se pueden situar tal como las hemos presentado, al principio del siglo xvii, tienen pues muchos rasgos comunes: los mismos procedimientos de vigilancia de los animales, la falta de cultivos para los que las explotan, el cuidado de evitar los conflictos de linderos. Sin duda surgen en el siglo xvii en Nueva España y en el siglo xviii en Brasil otras diferencias. En Nueva España es el nacimiento de la hacienda, de economía cerrada. En Brasil es la ganadería de la provincia de Minas que abastece a las minas de oro y es mucho más semejante a la ganadería europea, menos salvaje. La leche se utiliza comercialmente para la fabricación de quesos. Los pastizales están cercados. El ganado no es semi-salvaje. Se apartan las vacas de los toros, salvo en las épocas de celo. Tarde con tarde a los becerros y a las vacas se les junta en los *currais*. El alimento es más rico. Los pastizales se dividían en cuatro *verdes*, de los cuales uno se quemaba trimestralmente. Se reparten periódicamente sal y olores a los animales. El trabajo lo hacían los esclavos. Únicamente era libre el propietario. Era una ganadería próspera.¹⁷

Ganadería diferente a la mexicana. Pero al sur de Brasil, en cambio, al contacto con los países del Río de la Plata, se desarrolla en la misma época una ganadería a la española, más semejante que ninguna otra a la mexicana. Y por la feria de Sorocaba, cerca de S. Paulo, como por la ruta marítima, los productos de esta ganadería pesan cada vez más en el mercado brasileño. Sólo el sistema de las ferias brasileñas, como todas las de América del Sur, parece tener una originalidad que no tienen las ferias mexicanas que se hacen según modelo

uropeo. Pero sin estas vastas reservas de ganado, la alimentación de los portugueses, como la de los españoles, hubiera sido imposible en estas inmensas extensiones.¹⁸

Otro rasgo común de estructura: las minas. No es que las explotaciones mineras se parezcan mucho entre sí. En Brasil tenemos verdaderas minas que explotan auténticos filones de plata. En Nueva España sólo una explotación superficial, un lavado de arenas de aluviones de las cuales se recogen las pepitas de oro. En ésta un material muy pesado, verdaderos capitales, casi únicamente la mano de obra, y una técnica de las más rudimentarias que terminará por fracasar cuando se agoten los filones superficiales y sea preciso, al principio del siglo XIX, explotar los profundos.

La semejanza estriba más bien en el papel motor representado en ambos lugares por lo que se ha convenido en llamar las "minas": papel geográfico, económico y humano.¹⁹

Tanto en Brasil como en México, las minas están situadas en el límite de la zona árida. Pierre Chaunu explica la elección de los centros mineros mexicanos por este límite: una zona ya rica en plata pero cerca de las regiones agrícolas ricas capaces de proporcionar mano de obra, víveres y protección contra los indios nómadas. En Brasil la zona de Minas no es árida. Pero de una mina a otra hacia el norte hasta la capitania de Bahía se pasa insensiblemente a esta zona árida *a fortiori* cuando se llega —hacia 1721— a las minas de Cuiaba en el Mato Grosso, a 800 millas de S. Paulo —o a las de Goiaz descubiertas en 1726 y quizá aún antes— o también a las de la Ribiera Sarare, descubiertas en 1736. Hacia 1750 se renunció a alcanzar a estos últimos grupos por el sur, por S. Paulo: su abastecimiento lo aseguró desde entonces el norte, por Belena, Para y los ríos de la cuenca amazónica. Así pues, en conjunto, zonas situadas en regiones áridas pero cerca de grandes ríos o de regiones más ricas, más húmedas. Situación, en la práctica, muy poco diferente a la de las minas mexicanas.

El papel económico de las minas se parece también en las dos comarcas. Primero, porque los centros mineros se han convertido en centros de consumo, de compra. Compra de herramientas y de esclavos, de medios de transporte, mulas o

caballos. Compra de alimentos y de vestidos por todo el mundo. Bien pronto, compra de objetos de lujo, por algunos, los "mineros", ya para sus necesidades, ya para su comodidad personal, ora para sus manciones, ora para los edificios públicos y en particular para las ricas iglesias barrocas. Todo esto provocó, primero, enormes transportes regulares, creando poco a poco rutas tradicionales de abastecimiento, este eje norte sur de México que nos recuerda Pierre Chaunu y esos "*caminhos*" de S. Paulo, de Río y de Bahía, que nos describe Antonil en su *Cultura e opulencia do Brasil*.²⁰ Rutas que son también las mismas por donde sale el metal precioso hacia los proveedores, las arcas reales y la exportación. En lo que se podría llamar una segunda fase de esta historia se ve a estos caminos perder en parte su importancia porque en torno a las minas apareció el "multiplicador": se crearon actividades que suplieron, en el lugar mismo, algunas de las necesidades de las poblaciones mineras. Trátase de los *nucleos de produção* de que habla Mafalda Zemella para la región de Minas.²¹ Núcleos esencialmente agrícolas con esta primera base de ganadería que ya indicamos. En esta segunda fase la mina provocó, pues, una transformación consistente en acercar la población y propiciar el nacimiento de ciudades, centros administrativos, religiosos, culturales y artísticos como Zacatecas u Ouro-Preto.

Estas minas han dado tanto a México como a Perú un prestigio económico internacional: México desde el siglo xvi, Brasil en el xviii aumentaron considerablemente, por su producción metálica, la cantidad de moneda circulante en Europa y en el mundo. Se habla de la decadencia de la plata mexicana (y peruana) en el siglo xvii, y del estancamiento del oro brasileño. Se olvida el auge de la plata mexicana en el siglo xviii comparable a la pujanza brasileña de la provincia de Minas; la importancia de ambas aumentó con el desarrollo del crédito, durante la lenta pero segura alza de precios que caracteriza a la Europa de entonces y hace su prosperidad.²²

También desde el punto de vista de las estructuras sociales, el papel de las minas es comparable en ambos países. En

efecto, con relación a las industrias manufactureras, las industrias extractivas emplean poca mano de obra y una mano de obra poco especializada, y por lo mismo mal pagada. Su actividad no entraña, pues, la distribución de una considerable masa asalariada y el mercado de consumo permanece relativamente limitado: escasa ropa, poco o ningún ajuar. Todavía las explotaciones mineras no tienen ese carácter de grandes fundos cerrados o semi cerrados, típico de los *engenhos de assucar* brasileños o de los ingenios novohispanos. Sin embargo, con una mano de obra en parte esclava y una población indígena de cultura subdesarrollada, el mercado permanece muy limitado. Todos los beneficios de la explotación van a parar de nuevo a los propietarios, al rey, a los comerciantes. Como éstos, en la situación que guardaba entonces la técnica, no tienen la posibilidad ni la idea de invertir estas sumas en grandes empresas agrícolas o industriales, sino en gastos suntuarios, privados o públicos, lo que no se transforma en retablos de altar, en joyería, en vajillas o candelabros, termina por pagar el déficit de la balanza comercial, española o portuguesa. En efecto, en Europa, en el siglo XVIII, Francia conoce su "pre-revolución industrial" e Inglaterra ha conocido la suya desde Isabel. Ambas están preparadas para proporcionar a estos países los productos manufacturados que necesitan; pueden utilizar así una mano de obra numerosa, activa y experimentada que retribuyen con una masa de salarios bastante considerable para aumentar el mercado de consumo y estimular la actividad económica general. De allí ese contraste entre el "crecimiento" franco-inglés y el estancamiento ibérico.²³

Quizá más que todo eso, lo que asemeja a México y a Brasil es el papel que ambos representan en los imperios coloniales de que forman parte. Desde el siglo XVII Portugal tiene una colonia principal: Brasil. Y África portuguesa se vuelve más una colonia de Brasil que de la madre patria, para la que no es sino una sub-colonia. En efecto, Guinea y Angola y hasta en un tiempo África oriental, fueron los proveedores de esclavos de Brasil. Ellas no podían vivir sin él ni él sin ellas. Esto se vio bien cuando los holandeses dueños de Pernambuco se apoderaron de África portuguesa. Devolvieron la vida a la

economía pernambucana semiasfixiada, y por lo contrario ahogaron a la economía del Brasil aún portugués. El recrudecimiento de la esclavitud de los indios no bastó para compensar la escasez de negros. En el imperio portugués del siglo xvii, con el relativo descenso del comercio del Océano Índico, Brasil “dominó”, en el sentido más estrictamente económico de la palabra, por su azúcar, como en el siglo xviii “dominaría” por su oro. Él “domina”, es decir, ejerce un efecto de dominación asimétrico e irreversible sobre el resto de la economía imperial. Su masa representa un enorme volumen —al menos monetario— en comparación con el resto. Y una modificación, una fluctuación de la economía azucarera lleva consigo modificaciones profundas en el resto de la economía sin que lo inverso sea verdadero. Dominación azucarera que por otra parte es más la de los comerciantes del azúcar que la de los productores-comerciantes ligados al mercado europeo, a los caprichos europeos, pues es el gusto europeo por el azúcar, al hacerse cada vez mayor, lo que al fin de cuentas resulta ventajoso para la economía brasileña y consecuentemente para todo el imperio portugués.²⁴

Ahora bien, la situación de la Nueva España en el imperio español es análoga. De los 22 millones de kilómetros cuadrados que representa, México es poca cosa, sobre todo el México poblado, civilizado, colonizable por los españoles: una pequeña mancha. Fuera de él hay en el imperio otra pequeña mancha: Perú, alrededor del Callao, Lima y Potosí. Ésas son las únicas dos regiones “desarrolladas”. El resto está despoblado: las islas muy pronto desprovistas de indígenas por el contacto de los europeos, los Andes, las inmensas llanuras costeras, las selvas inextricables de esta América central ístmica y peninsular. Despoblada o casi despoblada, en todo caso despoblada económicamente si no demográficamente. Se explica así la facilidad con que los españoles dominaron en estos inmensos territorios.²⁵

Pero vayamos más lejos: de estos dos polos de crecimiento de la economía española, México y Lima, de estas dos fuentes de metal precioso que irrigan al imperio, de estos dos puntos de fijación demográfica, industrial y agrícola, de estas dos

economías dominantes, una termina por vencer a la otra: México. Woodrow Borah lo ha mostrado bien en su magistral estudio sobre el comercio y la navegación entre México y Perú. México provee a Perú de todo lo que éste necesita, proveniente unas veces de su producción interna, otras de las importaciones de España, ya sea comestibles, productos manufacturados, o hasta esclavos y hombres. Los precios son, en efecto, mucho más elevados en Perú que en México. Woodrow Borah lo explica así: ²⁶ la mayor producción peruana de plata da a Perú una masa monetaria más considerable que a México, la dificultad para Perú de importar mercancías de España, en fin, las rebeliones en Perú en el siglo XVI y el retardo de su desarrollo. Esto hace que, por los productos que le exporta, por las flotas que transportan estos productos hasta Callao, por los comerciantes que aseguran este comercio, México tenga a Perú bajo su dependencia.

Es en México, escribe Pierre Chaunu, donde está la sede social de las casas que fletan los navios. Hacia México suben los productos agrícolas, vino en primer lugar y la plata no labrada, a cambio del trabajo de la industria mexicana, a cambio también de esta producción terciaria indivisible que es la dirección de los negocios... De ahí que México sea metrópoli de Perú como Sevilla es, bajo un cierto ángulo, la metrópoli de México...²⁷

Del mismo modo, México domina el comercio Acapulco-Filipinas, y la redistribución de las "mercederías de China" hacia Perú o España. Y como demuestra el autor que citamos, la mejor prueba que se pueda dar de esta supremacía de México es su rivalidad con Sevilla, la cual no está dispuesta a aceptar la competencia de México en el mercado peruano. Sin duda le satisface que la caja de México proporcione a Manila las enormes sumas que permiten la colonización de Filipinas —al menos mientras esta punción de dinero no afecte las posibilidades de absorción del mercado mexicano de los productos de Sevilla. Pero se disgusta cuando los productos chinos obstaculizan los suyos en el mercado mexicano o cuando "gracias al trampolín del comercio absorbe en su provecho una parte de la plata de Perú, esta plata de Perú sobre la que Sevilla pretende ejercer su monopolio".²⁸

Sin duda, al lado de estas semejanzas, existen numerosas diferencias entre Brasil y México, y algunas de ellas son notables. Dentro de las estructuras, la industria de la seda sólo existe en México. Por lo contrario, la industria azucarera jamás alcanza en México la importancia que tuvo en Brasil. En éste ocupaba las llanuras costeras, en aquél cubría una parte de las mesetas, más húmedas que las mesetas brasileñas y de más fácil acceso para el abastecimiento de los centros urbanos que las llanuras costeras del Golfo de México, mientras que el azúcar brasileño se exportaba casi todo a Europa. Desde el punto de vista social, Brasil no posee metrópolis tan importantes como México, con un pequeño comercio tan desarrollado en manos de los negros y de los mulatos. Menos ciudades y sobre todo menos grandes ciudades en Brasil que en México, y en conjunto una población más rural. Por lo contrario, en México los dueños de molinos y los "mineros" no representaron jamás en la clase dirigente el papel que representan en Brasil los *senhores de engenhos* del siglo xvii y los *mineiros* del siglo xviii. Los ricos siguen siendo los grandes propietarios de haciendas donde la ganadería se mezcla a los cultivos y los absorbe.²⁹

Estas diferencias de estructuras se explican en cierto modo por los azares de la historia: las minas de Brasil, por ejemplo, fueron descubiertas mucho más tarde que las de México; cuando Brasil fue colonizado y comenzó a desarrollarse, los portugueses ya habían hecho fortuna en el Océano Índico; México, al contrario, fue la primera gran colonia española. Sobre todo, las condiciones geográficas resultaron gravosas. México está mucho más lejos de Europa que Brasil. Y el navegante emplea los mismos días y corre más riesgos de la Dominica a Veracruz que de Sevilla a la Dominica.³⁰ Encuentra en México una civilización y una población fuertemente estructuradas mientras las sociedades primitivas de los Tupis-Guaraní no ofrecen al colono portugués ni resistencia ni apoyo.

Finalmente, la mentalidad del portugués y la del español difieren un poco. La oposición entre el marinero agricultor portugués y el centauro, el militar, el jurista, el nómada, el

ganadero castellano o andaluz, se ha vuelto tradicional y operante sobre todo en los siglos xvi y xvii.³¹

En realidad, fue en el siglo xviii cuando el destino de ambos países se acercó más. Brasil pierde su dominación azucarera y encuentra el camino de sus minas, de la ganadería de sus mesetas. México, después de la crisis del siglo xvi vuelve a encontrar el de sus minas mientras que su ganadería prospera y triunfa definitivamente la gran hacienda. En realidad uno y otro ven a su respectiva metrópoli desaparecer económicamente ante el gran vencedor de los tratados de Utrecht. Como toda la América Latina, México y Brasil son en el siglo xviii un campo de expansión del comercio inglés.³²

NOTAS

1 Cf. nuestro artículo en *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée. Recherches et Dialogues Philosophiques et Economiques*, Serie M, N° 4, abril 1959, pp. 45-75.

2 Frédéric MAURO, *Le Portugal et l'Atlantique, 1570-1670, Etude Économique*. Sevpen, Paris, 1960, LXI-550 pp.; *Le Brésil au XVIIe siècle*, que pronto aparecerá en las prensas de Coimbra.

3 Para Brasil se consultarán de un modo general las bibliografías de las obras indicadas en la nota 2. Para México la mejor guía reciente en francés es *Seville et l'Atlantique*, 13 volúmenes. Sevpen, Paris, de Pierre et Huguctte CHAUNU.

4 *Vid.* las obras anteriores.

5 Pierre CHAUNU, tomo VIII, pp. 683 ss.

6 Robert RICARD, *La conquête spirituelle du Mexique*. Travaux de l'Institut d'Ethnologie de Paris, 1933, XIX-404 pp.

7 Para Brasil, de F. MAURO, *Le Portugal...* p. xl. Para México, P. CHAUNU, tomo VIII, pp. CVIII ss. Véanse también entre otras: Ph. W. POWELL, *Soldiers, Indians and Silver, The North-ward Advance of New Spain, 1550-1600*. University of California Press, 1952, XII-317 pp. Omer ENGLEBERT, *Le Dernier des Conquistadores, Junipero Serra 1713-1784*. Pion, Paris, 1956, III-342 pp.

8 Cf. en particular la obra citada en la nota 7 de POWELL, parte 3ª.

9 Cf. las obras anteriores. Sobre la seda en México véase principalmente Woodrow BORAH, *Silk raising in colonial Mexico*, Berkeley, 1943, IX-169 pp. (Ibero Americana, N° 20).

10 Sobre la coyuntura cf. P. CHAUNU, tomo VIII, y 2 Bis y F. MAURO, *Le Portugal...* consúltense las gráficas colocadas al fin de este último libro y las publicadas por P. CHAUNU en su tomo VII. Después de 1649,

Brasil conoció en cierto modo las flotas regulares, gracias a la Compañía General de Comercio.

11 *The Hispanic American Historical Review*, nov. 1952, pp. 491-515.

12 *Op. cit.*, p. 509.

13 Cf. *Nordeste*, C. IV.

14 Cf. los artículos de P. DEFFONTAINES, "L'introduction du bétail en Amérique latine", *Cahiers d'Outre-Mer*, enero-marzo 1957, pp. 5-22; y "Routes et foires à bétail en Amérique Latine", *Revue de Géographie Alpine*, 1957, pp. 659-684.

15 François CHEVALIER, *La formation des grands domaines au Mexique*, Paris, Institut d'Ethnologie, 1952, 480 pp., especialmente 1ª Parte, C. III.

16 Caio PRADO, Junior, *Formação do Brasil Contemporâneo*, Colônia, São Paulo, 1953, 391 pp. Especialmente pp. 181-207.

17 Cf. notas 15 y 16.

18 Cf. nota 16 y el artículo de DEFFONTAINES, "Routes et foires à bétail".

19 Sobre las "minas" brasileñas cf. Caio PRADO, Junior, *Formação*, pp. 164-180 y Roberto SIMONSEN, *Historia Economica do Brasil*, tomo II, C. I. Sobre las minas mexicanas cf. P. CHAUNU, tomo VIII, citada; F. CHEVALIER, *op. cit.*, pp. 216-233; J. P. BERTHE, "Las minas de oro del Marqués del Valle en Tehuantepec", 1540-47; *Revista de Historia Mexicana*, Vol. VIII, N° 29, pp. 122-131; Walter HOWE, *The Mining guild of New Spain and its tribunal general (1770-1821)*, Cambridge, 1949, ix-534 pp.; Robert C. WEST, *The Mining Community in Northern New Spain*. The Parral Mining District, Berkeley, 1949, 170 pp. (Ibero Americana, N° 30).

20 Reedición en Bahía en 1950, Livraria Progreso, 312 pp. Cf. 3ª parte, C. X-XIII.

21 *O Abastecimento da Capitania das Minas Gerais no Século XVIII*, São Paulo, 1951, 280 pp., cf. Cap. VIII.

22 Sobre Brasil véase Lucio de AZEVEDO, *Épocas de Portugal Económico*. Lisboa, 1947, C. VI. Sobre México cf. A. de HUMBOLDT, *Essai politique sur le royaume de Nouvelle Espagne*, 2ª ed., Paris, 1877, tomo III, C. XI; y, naturalmente, los trabajos de E. J. HAMILTON.

23 Cf. F. MAURO, *Le Portugal...* parte 3ª; Cap. V., y los trabajos de Celso FURTADO citados por él, p. XXXVII. Cf. también, como ejemplo recientemente estudiado: F. MAURO, "L'Empire Portugais et le commerce franco-portugais au milieu du XVIIIème siècle", *Congrès de l'Histoire des Découvertes*, Lisbonne, 1960.

24 *Ibidem*.

25 P. CHAUNU, tomo VIII, Cap. XV.

26 W. BORAH, *Early Colonial trade and Navigation between Mexico and Peru*, University of California Press, 1954, pp. 81 a 83 (Ibero Americana, N° 38).

27 P. CHAUNU, *op. cit.*, p. 758.

28 *Ibid.*, p. 759.

29 Confróntese el libro de Gilberto FREYRE, *Casa Grande e Senzala*, con el de F. CHEVALIER, *La Formation des grands domaines...*

30 P. CHAUNU, tomo VII, pp. 25-31.

31 Cf. los trabajos de Jaime CORTESÃO y en particular sus artículos aparecidos en *O Estado de São Paulo* en 1953, especialmente *O conquistador espanhol e o piloto cosmopolito de Portugal* (16 agosto, 1953).

32 Cf. Olga PANTELEÃO, *A penetração commercial da Inglaterra na America Espanhola de 1713 a 1783*, São Paulo, 1946, 287 pp. Alan K. MANCHESTER, *British Preeminence in Brasil; its rise and decline*, Chapel Hill, 1933, 371 pp., etc.